

por quienes desvivirnos. Tenemos, además, un trasfondo que nos permite ser compinches de nuestro cuñado, enemigos no definitivos de la suegra, como también hinchas del fútbol, fanáticos de Gardel, poetas de sangre y vino y ¿quién de nosotros no se juega por un amigo? Toda una serie de símbolos programados para unir a gobernantes y gobernados, fundidos en la Gran Ternura Argentina.

Sobre ella trabajan los programas de humor de la televisión que tienen un inusual éxito en nuestro país. Los programas de humor, aunque no necesariamente políticos, se prenden a la maquinaria simbólica del poder. Viven de él. Cuando hay un cambio profundo de la atmósfera cultural y política, la gente deja de reírse de lo que se reía. Es lo que sucedió con un programa de televisión que veían millones de espectadores durante la dictadura del Proceso. «Polémica en el Bar», con sus personajes, sus complicidades, sus caricaturas, sus espacios de esparcimiento, era un remedio a una atmósfera particular. La ambientación teatral de aquellos años rebosaba de severidad, austeridad, gravedad, seriedad. Es necesario que el lector imagine a un país enteramente gobernado por militares, las facultades con decanos militares, los canales de televisión con gerentes militares, las oficinas de correos con los despachos principales custodiados por oficiales: el país vivía con humor militar, prosa militar, régimen militar. La risa social que nace con la burla al poder, el escarnio, la desobediencia, las irreverencias culturales, los desplantes juveniles, los tropiezos generales, también estaba custodiada militarmente. Sólo el deporte, en especial el fútbol, dejaba las riendas más flojas, pero ahí también, en los estadios, los altavoces exigían de las hinchadas que se abstuvieran de proferir cánticos de mal gusto, que no plagaran los oídos de insultos, frases procaces y bromas de contenido grotesco y sexual. Que si lo hacían, debían atenerse a las consecuencias, es decir a los gases lacrimógenos. En un clima cultural así, no era extraño que brotaran ciertas válvulas de escape, y que éstas se dieran en el mejor lugar del mundo, el único en el que se es rey, el *living* de la casa frente al televisor. Ciertos programas cómicos constituían el comentario de la semana, el de los estudiantes de liceo al primer día de verlo, el de los oficinistas, obreros y vecinas. Lo curioso, y a eso vamos, es que cuando la dictadura se esfumaba, a fines del año 83, con mucha gente ocupada en luchas internas partidarias, gente marchando por derechos humanos, con la reapertura del espectáculo callejero, cuando el paseante perdió el conocido temor de quizá no volver, o ser interpelado por desconocidos, cuando los diarios y las imágenes públicas disminuían la trasmisión de caudales de terror, en esos momentos el *rating* de aquel programa de humor tan querido descendió a niveles bajos, sus personajes fueron perdiendo el foco de atención, la gente gastó menos palabras en comentar sus

peripecias, fue perdiendo catexis comunicativa y social. De un día para el otro parecía que olvidábamos nuestro amor por Minguito y el Gordo Porcel, la ternura que nos regalaban semanalmente.

Pero había otros programas de televisión que acentuaban mucho más la operación ternura respecto del poder. El programa de Tato Bores fue importante para acercarnos el lado humano de los generales, con sus simuladas llamadas telefónicas a la casa de gobierno, con sus diálogos, su modo bufonesco de sonsacar sonrisas a los que mandan, de hablar en nombre de todos y comunicar a los señores de arriba que los argentinos no éramos tan malos, que si criticábamos un poco era por el bien de todos y el de ellos también. Porque, como decía un conocido animador de radio, para ventilar eventuales sospechas, ya que había sido valorado en otras épocas como un díscolo librepensador: «los amigos que sí me conocen saben que me identifico como católico», uno de los principales salvoconductos de la sociedad argentina.

La ternura es una clave de la política de los afectos en nuestra cultura, es la cara que dan los medios de difusión a los hombres del poder, el sentimiento que se quiere propagar para cotidianizar los rostros de los que mandan. Los actores de la broma dialogan con los presidentes y gobernantes ante millones de espectadores, se permiten guiños cálidos, chanzas amistosas, recriminaciones maternas, toques de familiaridad (especialidad argentina), se intenta hacer agradable lo que amenaza con ser irritante. Las más difundidas publicidades de la época mostraban a una familia reunida alrededor de la mesa familiar, tomando un vino popular. Esos padres, hijos y abuelos, sonriendo y distribuyendo ternura y vino barato, constituyen la utopía argentina.

Sin embargo, la única ternura social no es la oficial. Existe una operación ternura progresista que pretende enfrentarse a los poderes. Deriva de una generación que elabora su melancolía desde los años sesenta. Se inclina sobre arquetipos populares en los cuales vuelca dosis de inocencia y travesura para dibujar la pureza del marginado. La picaresca de las fiestas populares se transfigura en el desencanto y la sonrisa triste del intelectual poeta. Nace el moralismo sentimental de Clemente, de ciertos personajes de Osvaldo Soriano, de las letras de tango que se ambientan en el desencuentro de parejas psicoanalizadas. El populismo convertido en psicología ofrece un teatro del corazón en homenaje a los seres anónimos como los soñadores, artistas, fugitivos y todos los locos de la *vie en rose*. Es la nostalgia de un sueño no realizado oficiando de contraseña generacional. Entre los lamentos por las dificultades del amor ya casi terapéutico y los llamados a la solidaridad grupal se diagrama el sentimentalismo progresista: la nostalgia por una Argentina que quiso ser aquello que nunca fue.

En el año 82 la guerra cobraba sus víctimas. La operación ternura debió desplegarse una vez que las amenazas y advertencias argentinas no asustaban a nadie, en especial a los ingleses. La guerra de las Malvinas mezcló los discursos. Hasta ese momento, se pensó que los ingleses huirían ante el tono viril de nuestros generales; los medios de comunicación estaban de parabienes. Cuando el triunfalismo menguó, un locutor de radio llamado Mancini, al leer cartas de lectores que, desesperanzados por la gloria prometida, volvían a los problemas cotidianos y se enojaban por el alza en el precio de los alquileres, comentaba que eran épocas para estar alerta porque especuladores judíos que salían de las alcantarillas de los guetos podían constituir la quinta columna de los argentinos, y concluía que ésta era una historia conocida para los que recordaban que «Hitler había tenido razón» (Radio Mitre, 1,55 de la mañana, 25 de junio de 1982). Pero, paralelamente a estas manifestaciones de resentimiento habituales en ciertos argentinos, otros comunicadores desplegaban la estrategia tierna. Juntaban gramos de oro, joyas, recuerdos metálicos de la gente común para ser convertidos en recursos para «nuestros muchachos». No se trataba de salvar una guerra ya perdida, ni de almacenar riquezas de importancia, sino de movilizar el sentimiento de la gente, transformar el calibre de los afectos, y mandar un absurdo pero esperanzado mensaje a los ingleses que se habían tomado la guerra en serio. Y eso porque no nos entendieron, porque desconocen las cualidades hospitalarias y pacíficas del pueblo argentino, no supieron entendernos cuando simplemente quisimos atraer la atención sobre nuestro deseo de recuperar un pedazo de madre tierra argentina, confundieron nuestro amor filial con el odio hacia ellos. Los ingleses no nos conocían, porque si hubieran sabido cómo somos realmente, nuestra inocencia vital, nuestra naturaleza de pueblo joven, la ingenuidad y la frescura, la calidez y la ternura que nos caracteriza...

Daremos una breve muestra de ciertos ejes de la cultura argentina, de su coherencia como cruzada moral, presentando una exposición del almirante Massera en la Universidad del Salvador, el 26 de noviembre de 1977, ocasión en la que recibe la distinción de profesor honorario de la institución.

Massera elaborará metódicamente los pasos de su pensamiento. Comienza por sostener que vivimos un proceso cultural que transcurre a velocidades inauditas. Los cambios que se generan parecen producirse a través de nosotros, a veces a nuestro pesar, sin nuestra anuencia, sin siquiera darnos el mínimo tiempo de reflexión. Culturas y anticulturas chocan con violencia y sólo resplandores lejanos de esta colisión nos llegan como chispas aisladas.

Habrà quien algún día estudiará el estilo de la prosa militar, especialmente la del Proceso, ya que, más allá de ciertas singularidades, a veces muy difíciles de puntuar, los rasgos son comunes, la ampulosidad también,

y una necesidad de distanciarse del habla vulgar y de utilizar un estilo protocolar que combina el ideal de las Academias con la sintaxis jurídica de los apercibimientos. Videla, por ejemplo, responde a una pregunta de un periodista extranjero que quiere saber si las fuerzas armadas sólo se quedarán en el gobierno hasta que la casa esté en orden, y no dice «nos quedaremos el tiempo necesario, pero no sabemos cuánto», sino, como buen oficial que sí tiene quién le escriba, afirma: «El ordenancismo al cual son tan afectos los militares se agota en sí mismo, pero nosotros planteamos una propuesta, una meta, un ideario».

Massera concluye su primer diagnóstico advirtiendo que el hombre ha llegado a manipular los extremos, «desde el espacio galáctico hasta el coloquio del átomo», pero ha perdido el horizonte de la totalidad. Los hombres están obnubilados por las fragmentaciones y carecen de la visión global. Quién sino la filosofía —agrega Massera— puede aportar la idea de integración, de cosmos y armonía, más aún si se tiene en cuenta la proliferación de las ideologías que permiten el endiosamiento de los criterios subjetivos. Por eso —sintetiza— estamos en presencia del «hombre sensorial». Este tipo de hombre es al que hay que vencer para que «el fervor fanático de los ideales ceda el paso al fervor inteligente de las ideas» y comience a verse el retroceso de la muerte como instrumento de las utopías.

Acerquémonos a este hombre sensorial, veamos cómo se constituye. El problema es la juventud, dice Massera ante un auditorio en el que abundan los estudiantes.

Los jóvenes se oponían a los adultos, el conflicto de generaciones se desplegaba sin sobresaltos, «pero desde hace aproximadamente veinte años comienza una etapa distinta. Aquella dialéctica pierde fuerza, se debilita su tenacidad, pero no porque el oponente —la juventud— docilice sus posiciones, sino por algo mucho más hondo y grave: porque la juventud va perdiendo el interés en enfrentar al mundo de los adultos. La dialéctica era un vínculo después de todo, y lo que se desvanece es, precisamente, ese vínculo».

Los jóvenes se aíslan en su mundo sin agredir al de los adultos. Parece —supone Massera— que los jóvenes estuvieran esperando en su aparente tranquilidad que los adultos desaparecieran como una raza biológica en extinción, para que, al fin sola en el mundo, «la juventud haga de sí una casta fuerte, se convierta en una sociedad secreta a la vista de todos, celebre sus ritos —la música, la ropa— con total indiferencia, y busque siempre identificaciones horizontales despreciando toda relación vertical».

Esta posibilidad no es un sueño, es la realidad, es el actual modo de actuar de la juventud. Para entender el mecanismo por el cual se pasó de este pacifismo abúlico al terrorismo, Massera creará necesario trazar la genealogía de la escalada sensorial. 1) El primer momento se constituye

con la práctica de una concepción totalmente arbitraria del amor en la que éste pierde su carácter de ceremonia privada. El primer momento es entonces el del amor promiscuo. 2) Se prolonga en las drogas alucinógenas que rompen todos los parámetros de la realidad objetiva y que pueden desembocar en la muerte propia o ajena. 3) Con la pérdida de los parámetros objetivos de la realidad, también se pierde la noción de la vigencia de las normas y la jerarquía de los valores. La pérdida de la vigilia racional confunde los ámbitos del bien y del mal. 4) Se produce una anomia axiológica, un nihilismo vital, que será aprovechado por las ideologías que elaboran adultos en acecho. Los adultos harán uso del descontrol sensorial de la juventud, de su elemental lujuria de los sentidos, para justificarla con palabras seductoras. Ofrecerán una falsa jerarquización a lo que es tan sólo una exasperada exaltación de los sentidos.

Hemos llegado a nuestro primer puerto. Con obsesión platónica, Massera desprende del desarreglo de los sentidos la irrupción macabra del terrorismo comunista en la juventud. «¿Pero —se detiene un momento— si el problema no fuera la lejanía entre generaciones, sino... por el contrario, la extrema cercanía a la que nos compele el mundo moderno? ¿Y si el problema no fuera la famosa incomunicación sino un exceso de comunicación?». La idea de Massera es que el peligro es la imagen y su tenaz modo de corrompernos en medio del vértigo y la velocidad de las informaciones que inunda tanto a jóvenes como a adultos, proliferación de noticias que nos llegan de modo uniforme y simultáneo. Es lo que llama la «idolatría de la actualidad» que transmite códigos de comportamiento que se renuevan sin cesar, que propulsan el frívolo fenómeno de las modas y confunden la información con la verdadera sabiduría.

Vivimos —agrega el almirante— una época de inestabilidad de valores y de malversación del pensamiento, época de amenazas destructivas que, finalmente, tienen una causa común: la crisis de seguridad que define nuestra época. Massera, para honrar el recinto en que se encuentra, afirma que la Universidad es uno de los instrumentos mejor habilitados para iniciar una contraofensiva que recupere a los hombres de Occidente que andan melancólicos y desorientados, que no es cierto que el espíritu de Occidente esté muerto sino sólo replegado sobre sí mismo que sólo espera a los soldados de la revitalización.

Por eso —concluye— una de las misiones del poder político es mostrar el sitio y el espacio protagónico para que esta tarea sea posible dentro de *una República concebida como una estructura moral y una estructura cultural*, que nos devolverá a la vida, la vida «que Dios Nuestro Señor nos dio como valor soberano para todos».

La estructura moral de la Argentina se desenvuelve entre la operación ternura y la amenaza constante del hombre sensorial. Esta bipolaridad es continua. Todo aspirante a la dirigencia argentina debe rendir pleitesía ante estos valores y reconocer la realidad de esta amenaza. Como dijo alguna vez Marta Lynch, en 1977, desde Europa, indignada ante la condena y el desprecio que expresaban los europeos por los argentinos complacientes con su dictadura, enojada por la soberbia de los habitantes del Viejo Mundo que también habían vivido —y no con tanta dignidad— la humillación de sus propias tiranías: «La Argentina se convierte —cada día que pasa para el viajero— en un punto vital sobre el que se acumula la ternura...».

Tomás Abraham

